

Siempre son los demás los que se mueren

Autor

Martí Casal Pelegrí

Accésit

Categoría A • 14-18 AÑOS

2015

Autor

Martí Casal Pelegrí

Barcelona, 1997

SIEMPRE SON LOS DEMÁS LOS QUE SE MUEREN

Martí Casal Pelegrí

Doña Conchita está postrada en la cama, macilenta. Aguarda la guadaña en su soledad. Va a morir porque ya no le queda más salud y su corazón late cada vez más despacio. No tardará en hacerlo. Horas, minutos tal vez... ¿Quién puede saberlo?

Sin duda, la Muerte lo sabe con una escrupulosa precisión y por tal motivo espera el momento, apoyada en la barandilla de la terraza. Los médicos ya han sentenciado que doña Conchita no comerá las uvas del año nuevo. Ella aún se ha atrevido a vaticinar que ni tan siquiera probará los turrones esa Navidad.

En cambio, Candela, desafiando todo pronóstico, se resiste a aceptarlo. ¿Qué será de ella si la señora muere? Los hijos de doña Conchita la pondrán de patitas a la calle en menos de lo que canta un gallo, o como mucho el tiempo que puedan llevarles los trámites del notario para hacerse dueños de toda la herencia. La cláusula de su contrato estipula que bajo ningún concepto doña Conchita puede otorgarle mayor bien que su consabido salario. Candela ha vivido con la anciana los últimos nueve años y apenas ha guisado más de cuatro cenas para los hijos de doña Conchita en todo este tiempo.

–Viven lejos –los excusa ella–; y yo ya tengo la faena hecha –

añade. Luego coge aliento para matizar—. Me la haces toda tú, mi centinela favorita. Te pusieron aquí para que les puedas avisar llegado el momento. No quisieran enterarse porque algún vecino advirtió en el zaguán el hedor fétido de mi cadáver. Después de lo que le pasó a la señora Paquita, la del séptimo...

—Lo sé —la interrumpe Candela con cariño—. La hallaron un mes después de su deceso. Pero eso no va a pasar aquí —le dice mientras presente el desenlace de la noche.

Gualdo ronda inquieto por el angosto pasillo de la casa y no ha parado de maullar.

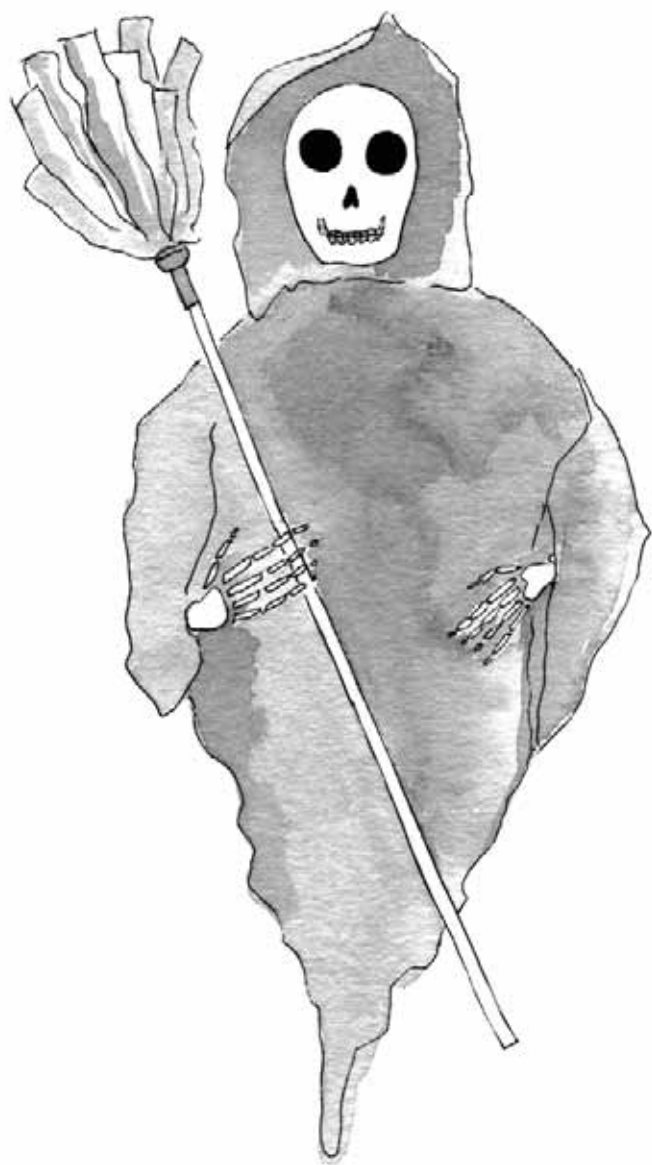
—Tú les avisarás. Lo harás por mí —exige la anciana—. El entierro ya está pagado.

—Usted no va a morir, al menos de momento. No puede. ¿Qué será de mí? ¿Y de Gualdo? No podré llevármelo conmigo si tengo que trabajar en otra casa, y sus hijos no lo querrán ni para dar gato por libre a la suegra. Así que nada de morirse. Se queda aquí con Gualdo viendo la serie que ahora les traigo a los dos un arroz con leche.

Mientras, por la chimenea desciende una dama de capa negra y grandes alas, también negras como las de un murciélago. A Gualdo se le eriza el pelo. Doña Conchita, ajena a todo, intenta en vano calmarlo. La Muerte pliega sus alas y luego las esconde por arte de magia. Ufana por su inoportuna visita se acerca por la espalda a Candela, casi a rozar. Candela maldice la extraña razón que le hizo heredar las facultades paranormales de su madre. Atisba la sombra de la hoz y se gira. La fulgurante calavera germina una mueca que simula una macabra y socarrona sonrisa. La Muerte está acostumbrada a que la reciban con respeto y le sorprende la invitación de Candela.

—Pensaba que sólo descendían por la chimenea Papa Noel y el lobo feroz. ¿Una tacita de arroz con leche? —le pregunta—. La señora jura que lo hago de muerte.

La Muerte, al oírse su propio nombre, aquél que nadie osa a pronunciar en su presencia, ha sentido un comedido descrédito en su iracunda fama.



—¿Y bien? —apostrofa Candela—. Si le va más lo salado puedo guisarle un arroz meloso con trompetas de la muerte. Señora Catrina, no le ofrezco caldo de gallina, que a los muertos resucita y no quisiera darle faena doble; así que lo que más guste, mi Calavera Garbancera —le dice flemática mientras remueve el arroz y la canela.

La Muerte, sorprendida por tanta hospitalidad, extiende su huesuda falange segunda y señala el arroz con leche. Es agradable que la llamen así. “Señora Catrina, mi Calavera Garbancera...” Se nota que Candela es oriunda de México y no padece de tanatofobia.

—Aquí tiene, su arrocito —le ofrece—. Ándese con cuidado que aún está muy caliente, mi huesuda señora, no sea que con el contraste se le vaya a fracturar su prominente pulgar.

Pero a la Muerte se le desliza el cuenco sobre su traje y el arroz con leche pringa la capa y se extiende de arriba a abajo. La Muerte se incorpora súbita y desconcertada. Candela reniega de la mala suerte y luego empieza a frotarle con una gamuza mojada.

—Mejor se me quita el manto, que en un santiamén le hago una lavadora secadora. Por una vez que se muere mi señora, que sea dignamente, y que nadie pueda decir que se la llevó la Parca con el capisayo mugriento de hollín y grano blanco. Y mientras se pone esta mantita escocesa de Gualdo.

Apenas la Muerte reacciona, se encuentra saboreando el arroz, envuelta en una frazada crochet verde y roja. Candela piensa que su señora va a morir. Ya no tendrá abuelita a quien tejer patucos, ni gato que le remolonee por las mañanas. Se quedará, otra vez, como cuando llegó a Barcelona, con lo puesto y además con el alma afligida por la pérdida de su señora y la culpa de haber abandonado un minino a su suerte. Quedará desamparada, mucho más ahora que alguien la ha querido y la ha acogido con afecto.

Candela, después de servir los tazones a doña Conchita y Gualdo, rellena el cuenco de la Dama de la guadaña. Le recita “calaveritas literarias” que versan para el día de muertos. *“Había una vez una calaquita/ vagando por un panteón/ entonces fue con su abuelita/ a pedirle un aventón. / Su abuelita antes necesitaba:/tres gotitas de rapidez/seis*

hojitas de la sabana/ y una pizquita de ser cortés.” Además, Candela no ha parado quieta ni un segundo. Ha fregado las baldosas antes sucias de leche y las ha encerado con abrillantador, a la vez que le explicaba que en su país natal tienen unos dulces de azúcar en forma de cráneo. Luego, lustra la guadaña con el algodón mágico.

–Frotando, frotando con el algodón Aladdin y ¡magia! Brilla como nueva –y prosigue– *“La calaquita le preguntó con temor/ que cuando vendría la muerte por ellas dos/ la abuelita le contestó/ no preguntes eso y ¡Cómete tu arroz!”* .

Suena el pitido de la secadora y Candela se apremia a sacar la capa negra. El paño está más arrugado que un acordeón.

–No se altere, que con un chorrito de almidón se alisa desde el algodón hasta el nylon –dice mientras saca la mesa de planchar del armario.

La Muerte vislumbra en el espejo empotrado su esqueleto, cubierto con la mantita croché de cuadros escoceses, sosteniendo una fregona con que Candela ha sustituido su guadaña cuando la bruñía, y profiere un espeluznante alarido.

–Cálmese, que despertará a la señora y es mejor que se la lleve dormida –la reprende.

Pero la Muerte no está airada por su aspecto sino porque se acaba de percatar que el minuterero del reloj es la imagen del que pende en la pared de enfrente. No son las 10:45 sino las 11:15. Se le ha pasado la hora del vencimiento, más de treinta minutos. Se yergue, hecha un basilisco, y resbala a causa del encerado. Cae de bruces y el frontal le queda partido por la mitad, desde el esfenoideas por la izquierda hasta el temporal derecho. Candela le ofrece arreglarlo con un pegote de la masilla blanqueadora de los azulejos.

La Muerte sale pitando de la casa, escaleras abajo. El vecino del quinto tercera, que había ido a por el pan, asegura y jura que no se ha detenido ni un solo instante en el bar. No obstante está seguro de haberse cruzado con un esqueleto ataviado con un traje de escocés blandiendo una fregona.

Pasan los días, los meses y los años.

A nadie le extraña que Gualdo vaya por su sexta vida, porque siete vidas tienen los gatos. Tampoco sorprende que Candela siga viviendo con su señora, porque siempre la ha cuidado con esmero y doña Conchita la quiere como a una hija. Lo que no deja indiferente a nadie y fascina a todos aquellos que la conocen es que doña Conchita tenga una salud inmejorable. Ella confiesa que lee la prensa, hace ganchillo y cepilla cada mañana a su gato. Esta tarde soplará una tarta colmada de velas. La adorable anciana celebrará con sus seres queridos y vecinos su ciento veintisiete cumpleaños.

Pseudónimo: el gato